

como provocador. Quizá, como sugiero, este último calificativo, en especial en lo concerniente a la obra de García Márquez, sobre quien los juicios de Varanini se afilan y llegan a rozar casi patológicamente lo personal, sea lo que le reste la valía que alcanzaría sin ese amarillismo innecesario. Por lo demás, reúne los requisitos de investigación (en cuanto a interpolaciones con otros discursos: encomiable la aproximación al tango y a Carlos Gardel), originalidad (destaquemos el acercamiento a Cortázar, homenajeadado desde la estructura dislocada y asistemática de *Rayuela*), conocimiento de causa (es rica y densa la pormenorizada lectura que ofrece de los narradores enjuiciados) o documentación (más de cien páginas de bibliografía reseñada, no gratuita, y casi setecientas notas a pie de escrito).

Subrayaría que lo paradójico del asunto, es que, por debajo de esa cascada de improperios a García Márquez o a Carpentier (salva a Cortázar, a Edwards, a Fernández; demoniza, además de los ya mencionados, a Pablo Neruda), por ejemplo, se trasluce una admiración primigenia por ellos más que evidente. Digamos que viene a ser el vocerío *freudiano* del hijo emancipante. De alguien que reprocha actitudes, si bien reconoce valías literarias.

**Miguel Herráez**

## Lucernario\*

Si la labor de traducción no le ha dado a Jordi Doce el reconocimiento que merece (entre sus versiones están obras de Paul Auster, Ted Hughes, Charles Tomlinson, Charles Simic o Guillevic), ni su participación en las propuestas de la colección de poesía *Nómadas* y de la revista *Solaria* (Gijón) le permiten una difusión suficiente de su obra, *Lección de permanencia* puede ser, tras *Anatomía del miedo* (1994) y *Diálogo en la sombra* (1997), el libro que descubra a muchos lectores la voz poética de este autor, cuyo rigor lo mantiene al margen de las corrientes más acomodaticias.

*Lección de permanencia* es una mirada deliberada, desde el pudor y el asombro, a los paisajes comunes, a los objetos y las formas que nos rodean. Extravío fértil del que camina en el incesante ir y venir de los sentidos, en su doble concesión de identidades: «cae sobre ti la mirada / de las cosas, te busca, te señala». Del zumbido de signos que

\* *Lección de permanencia*, Jordi Doce, *Pre-textos*, Valencia, 2000.

inunda cada instante, intenta trazar las correspondencias, citar las cualidades y relaciones, nombrar las sombras, las heridas, entregarles el ser que desearían; concederse el poder de hacerlo, para atesorar en silencio una luz propia: «inventas un rostro en las aguas / o espera el agua tu llegada / para unir verdad con sombra».

«Rostros y más rostros al andar. / Ni ella existe ni yo la veía». Impotencia de la mirada (dice Rey Lear: «Si deseas llorar mis desventuras, te prestaré mis ojos»). Así la mirada, en *Lección de permanencia*, parece el único modo de encuentro, imposible, imaginario. La palabra poética, como cauce de ese afán de comprensión, resulta por precaria el único instrumento deseable. Será «la lengua de la nieve», el cuerpo luminoso y fugaz, fruto que cristaliza lo que fluye y en su breve permanencia en el no-tiempo de la escritura detiene el sentido en asombro. Y, más tarde, se licúa, se rehace, se deshace, se recrea en la lectura: «A cada uno la palabra que / le cantó y quedó helada», escribía Paul Celan.

Nieve y agua son las imágenes inscritas en la pupila del caminante: «Abrí la puerta: / el agua me llegaba / hasta los ojos». El discurso fluye con suavidad, entre la quietud y el movimiento. La escritura de Jordi Doce busca un devenir medido y cadencioso, sin sobresaltos, al ritmo de una pautada meditación en

la que una cadena lógica sutura cada giro: «Venida de lo blanco, su constancia / te conmina a quedarte. / El vacío es por fuerza silencioso, / y todo yace en su quietud primera». Trenzado o fundido, cada transición tiene un soporte argumental explícito. Este planteamiento exige entonces su propio rigor, de manera que los poemas no queden deshilachados, sino cerrados, como cajas que hemos de abrir (en las que buscar, en las que guardar). Cierre métricos, además, no sólo como recurso retórico –en la variedad de los metros que utiliza hay algo de juego y de placer por la variación rítmica. Se trata de condensar en estructuras «musicales» la sucesión heterogénea de las impresiones que nos constituyen («soy / cuanto siento, / cuanto mi cuerpo inquiere»), sin dejar otra huella que la que el lenguaje y el canto nombran («no dudo en elegir la voz de los sentidos»). Las distintas bases rítmicas son el soporte donde imprimir imágenes sin vocación de deslumbramiento. Lo que enuncia *Lección de permanencia* está en el filo de la experiencia cotidiana, es una mirada reflexiva que huye de las elucubraciones brillantes y artificiosas, para compartir el deseo de expresar el aura de cuanto nos rodea: «dar lugar, no a las cosas, / sino a cuanto la luz –que es aire, desluz, nieve no usada– / deja al penetrar la materia, simple tacto intangible».

De esa arquitectura, discursiva tan ensamblada, el poema de Jordi Doce obtiene el espesor físico, la cualidad material, musical, en la que la idea se encarna y busca un modo de claridad, que no es comunicar un ejercicio irónico de lo obvio ni re-citar referencias compartidas, sino ahondar en las galerías del lenguaje y el pensamiento en busca de la transparencia, del cuerpo desnudo de la palabra justa.

Tránsito y permanencia (el mar). La escritura resulta el agente mediador entre la movediza identidad y la indescifrable exactitud del gesto (de otro modo: para espejo, la voz). La duración de la palabra poética es una cualidad necesaria para que la perseverancia de quien contempla y se interroga pueda aprehender la necesaria alteridad de toda expresión («estoy entre dos centros, soy el tránsito / entre el gesto que es y el gesto que percibo»).

Cierta forma de apertura gozosa colma la segunda parte de *Lección de permanencia*. «Celebración del nacimiento» («el árbol es el fruto de

sus frutos»). Plenitud ante lo creado, como algo que nos desdice. Desafío y negación, independencia de la palabra y de la vida que nos recrea desde la evidencia de un cuerpo que no cabe en un nombre, que nombramos de todos modos: «Eras inconcebible. Ahora, concebida, eres el rostro más claro de la existencia».

Quien sólo quería ser otro, ahora puede ser, sin saber qué. Alegría ante lo desvelado, como en el hermoso poema «La casa de Nemo», en el que al capitán el sueño le recoge entre el fulgor de la multiplicación de la luz en un lucernario de agua.

En ese discurrir de *Lección de permanencia*, brota la presencia implícita de la idea de un hogar al que no es ajena la imaginación indecisa de la poesía como forma de amar. Lo dice Claude Esteban, lo podría decir Nemo: «Creo en lo que nos une. Creo en las palabras transparentes».

**Alfonso Fernández García**